

Las organizaciones de desocupados y la construcción de un espacio para el desacuerdo.

María Antonia Muñoz.

Cita:

María Antonia Muñoz (2004). *Las organizaciones de desocupados y la construcción de un espacio para el desacuerdo. VI Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-045/367>

Título de la ponencia: **Las organizaciones de desocupados y la construcción de un espacio para el desacuerdo.**

Nombre completo: María Antonia Muñoz

Pertenencia institucional: Estudiante Doctorado en Ciencias Políticas y Sociales – Programa de Posgrado - Facultad de Ciencias Políticas y Sociales - Universidad Nacional Autónoma de México (FCPyS - UNAM).

Dirección electrónica: antonia_dz@yahoo.com, alarrieum@hotmail.com

Introducción.

Más allá de la polémica en torno a las prácticas de los piqueteros, nadie puede cuestionar la presencia pública que éstos lograron construir desde hace ya varios años. En la presente ponencia se parte de la hipótesis de que el conjunto de organizaciones piqueteras han logrado construir un espacio público basado en una polémica relacionada con la existencia de sectores excluidos como producto de la desocupación y la pobreza. La idea de polémica o desacuerdo no hace referencia a dos posiciones cerradas y definidas que discuten sobre un tema. Tomando el concepto Ranciere (1996), el litigio que plantea el desacuerdo cuestiona no solo la perspectiva del tema sino más bien la propia existencia del objeto del litigio, así como la calidad de los participantes como seres parlantes y el escenario mismo del conflicto. En este sentido, “el espacio piquetero” (más allá de las diferencias programáticas de cada una de las organizaciones), trata de instalar la temática de la desocupación y la pobreza como un problema prioritario y de inmediata resolución. Pero estos discursos no solamente reducen a este espacio a un movimiento de protesta que solo opera en la tónica de las demandas sociales al

Estado. Más bien lo que ha realizado es la introducción de una disputa no reconocida ni por los medios, ni por el gobierno, ni por otros sectores sociales como empresarios y comerciantes; la existencia de un conflicto relacionado con los contenidos significativos que debería asumir el régimen democrático.

La ponencia intentará reflexionar sobre la aparición de nuevos terrenos y herramientas políticas que fueron eficaces para intervenir en el espacio público e influir sobre el sistema político. Concretamente se tomarán en cuenta a piquetes, movilizaciones y asambleas como discursos que permiten hacer público y tematizar el problema de la pobreza y la desocupación. En este sentido, el concepto de discurso (siguiendo a Ernesto Laclau) remite a una estructura significativa que nunca es completamente suturada. En otras palabras se considera discurso a toda aquella acción (no solamente un acto de habla) que produce significados. Por ello los repertorios de acción nombrados son tanto espacios de repliegue y reflexión hacia adentro de las organizaciones colaborando con la construcción de una subjetividad como también son el síntoma de la ausencia de acceso al sistema de representación político e instituciones públicas (espacio privilegiados de toma de decisiones socialmente vinculantes). En este sentido los despliegues en espacios públicos y las asambleas simbolizan una fuerte crítica a las formas de representación políticas tradicionales.

El piquete y la asamblea; creación de espacios de participación política y formas de expresión pública.

Los repertorios de acción colectiva como el piquete y las movilizaciones, y la estructura organizativa basada en un modelo asambleario son elementos que colaboran con la construcción de un espacio público que permite hacer circular

(hacia el interior del mismo y hacia el resto de la sociedad) los discursos de la desocupación, a la vez que abre el espacio para la participación política a personas en condiciones de exclusión social.

Antes de avanzar sobre esto, es importante distinguir estas dos dimensiones del fenómeno; el de los discursos y el de las características sociales de los participantes, ya que no todos los participantes viven en condiciones de pobreza (hay muchos militantes universitarios, dirigentes políticos de trayectoria conocida y trabajadores que participan pero que no necesariamente se lo puede catalogar como pobres o excluidos) y no todos los “excluidos sociales” participan de estos espacios. Por ello es importante no crear una equivalencia entre las diferentes posiciones de sujeto, las condiciones en que viven éstos y el discurso que se articula en torno al problema de la desocupación.

El piquete se puede considerar como parte de éste último. Éste tuvo una gran capacidad disruptiva en la escena nacional a partir de las “puebladas” desde 1996, aunque no es una práctica nueva, puesto que a principio de siglo lo utilizaban los trabajadores para impedir el paso a la fábrica cuando se declaraba una huelga. Este tipo de acción colectiva se comenzó a utilizar como estrategia de lucha con el fin de interrumpir la circulación de las mercancías a cambio de diferentes recursos materiales (casi siempre planes sociales pero también mercancías y otro tipo de demandas). En el marco de la implementación y consolidación del modelo neoliberal, el corte de ruta asumió un carácter conflictivo en tanto se presenta como la interrupción de la circulación del capital (un elemento importante en el nuevo modelo) pero también como insurrección ciudadana puesto que la mayoría de los cortes terminaron con enfrentamientos entre policía y participantes.

Actualmente el piquete no se reduce a un sinónimo de “corte de ruta” sino más bien de interrupción de la circulación (en una calle, en la puerta de una institución pública, frente a una empresa privada etc) lo cual también indica una dispersión de los actores a los cuales se demanda, es decir, a los interlocutores o destinatarios del mensaje. Se demanda al Estado pero también a las empresas privadas. Sumado a esto no solamente los cortes se pueden leer en clave de demanda o desde su dimensión estratégica (es decir conseguir algo como indicador del éxito de la protesta) también tienen un gran potencial expresivo dramático que permite exponer en la escena pública la situación de la desocupación y la pobreza.

En otras palabras el corte posee más dimensiones que la protesta por un “paquete” de planes sociales. Múltiples son los significados que se quieren hacer públicos y se producen en torno al piquete. Para aquellos que no participan de las organizaciones (y no son simpatizantes de las mismas) puede representar la amenaza a la propiedad privada o un impedimentos para circular libremente por la ciudad. Para los participantes; un espacio de sociabilidad diferente, una forma de acceder a alimentos. Para los militantes es un lugar donde se relacionan las diferentes agrupaciones, pero también se forja un sentido de dignidad y representa un entrenamiento para la lucha.

Es común que las diferentes modalidades del piquete sean percibidas por muchos ciudadanos como parte del paisaje urbano, como una molestia cotidiana y/o como “un acto antidemocrático de minorías intolerantes”. También el impacto sobre la opinión pública (en el sentido restringido de los sondeos de opinión, encuestas y estadísticas que producen los medios masivos de comunicación y otras instituciones de “información” en torno a la posición que asume la población frente

a la protesta) varía por momentos. Por ejemplo, si durante el mes de junio una encuesta enmarcó la respuesta a favor de la forma de protestar de los piqueteros dentro de un 12% de la muestra, hace dos años atrás esa categoría correspondía a un 48% de la muestra.

Con el tiempo esta forma de protesta se fue rutinizando, haciéndose cada vez más previsible para el resto de la sociedad y el gobierno, además de que el corte, sobre todo el capital federal, fue sumando cada vez más opositores a los movimientos de desocupados. Por este motivo es que muchas organizaciones optaron por modificar este tipo de repertorio por otros más usuales y más tolerados como son las marchas y movilizaciones. Aunque éstas también cortan la circulación no simbolizan un acto tan radical como el corte de ruta para el resto de los grupos sociales. También algunas organizaciones optaron por cortar solo una vía de circulación ya que “el problema no es con los que pasan circulando sino con el gobierno” (entrevista realizada a desocupados militante del MTR en Mar del Plata), mostrando la intención de generar prácticas articuladoras con otros sectores sociales.

No obstante, la protesta callejera sigue haciendo de memoria activa al resto de la sociedad al hacer pública la posición de aquellos que fueron desfavorecidos en la distribución del espacio social que genera el orden. Y si bien es cierto que la para mayoría de la población este tipo de protesta representa “un ruido”, puesto que no pueden procesar el significado de la misma más que como violencia, si todavía tiene capacidad de interpelar a un sector de la sociedad. Es decir, como herramienta discursiva de un contrapúblico, el piquete se enfrenta a otros públicos, permitiendo construir y recrear los discursos (por ejemplo tematizan desde un

ángulo diferente la cuestión de la justicia), ensanchando el espacio de discursividad hacia adentro del espacio piquetero y también hacia otros. Si bien esta forma no pretende estar dentro de los parámetros de lo que la acción comunicativa llamaría condiciones universales de validez, no puede negarse su intención de construir un mensaje, dirigirse a un interlocutor, y colaborar con la construcción del espacio público de características peculiares. El piquete desplaza el “argumento” como condición legitimante por un gran componente de violencia simbólica (puesto que es un ejercicio que limita la circulación pública) como también física (aunque ahora es menos común, siempre está la posibilidad de un enfrentamiento entre manifestantes y policía) como forma de atraer la atención del público general y de ciertos sectores en particular. “Si no cortamos la calle, nadie nos da bola, yo los siento por aquellos que tienen que ir a trabajar porque son laburantes, pero sino nosotros que hacemos?” (entrevista a desocupada del MTR Mar del Plata)

Esto más que representar la falta de capacidades para elaborar un argumento o un acto de habla que permita consensuar alternativas con el sistema político y otros actores, indica la obstrucción de canales comunicativos con el sistema político (este pensado como espacio de tomas de decisiones vinculantes), como los medios masivos de información o el sistema de representación político, que parecen evadir la tematización de los discursos que nacen de éstas organizaciones.

Por ello el piquete puede ser analizado como una estrategia de las organizaciones para presionar al gobierno e influir sobre la toma de decisiones públicas. Pero superando la performatividad que pudieron haber logrado las organizaciones, el

piquete representó el escenario de una polémica, el de la aparición de un sector de la sociedad cansada de no tener parte en el mundo laboral y en la distribución de los bienes sociales, constituyéndose en declaración de que eran también parte de esa sociedad que los excluía. Y como en todo desacuerdo, existe una violencia originaria, esto es, una desigualdad que provoca la búsqueda de igualdad, y una negación de una de las partes a aceptar o el conflicto o el objeto del litigio. Por estos motivos el piquete representó una de las estrategias para hacer público un discurso que por los medios convencionales no hubiera sido visible.

Ahora bien, para pensar hacia el interior de este espacio es útil recurrir a las asambleas como lugar de participación política alternativo, de construcción de la subjetividad del sujeto en lucha y, por tanto, de producción de discursos. En este sentido, siguiendo la idea de Fraser (1993) este espacio público sirve como repliegue y reagrupamiento, para repensar y reformular las identidades de los participantes, para la construcción de subjetividades políticas, lo cual abre un territorio diferente para la participación política. En otros espacios públicos (como, por ejemplo, el que tematiza la cuestión de la inseguridad) o en otros territorios políticos más institucionalizados (como los partidos o sindicatos) los mecanismos de exclusión son difíciles de sortear para muchos sujetos que están en desventaja con la formación tradicional escolar o con los recursos lingüísticos que requieren estos espacios. Pero lo más importante de este proceso es que este espacio permitió generar una polémica y la aparición de un sujeto que rompe con los cánones asignados y se distancia de la figura de la víctima. La construcción de un nosotros desde la identidad de “trabajadores desocupados”, y toda la cadena articulada de significados (como por ejemplo, la dignificación, la autonomía, la

trayectoria y el conocimiento previo, la intención de producir, etc) se distancia de la función social asignada (son desocupados, son víctimas del modelo, son pobres, son problemas pendientes de la política social, son excluidos sociales, son vagos). Esta distorsión la ejercen desde autoidentificarse con trabajadores cuyos derechos (igualdad) no han sido cumplidos (señalando la ausencia de la parte).

Para ello las asambleas cumplen un rol importante. Éstas se realizan regularmente (cada una semana, dos o tres) y confluyen todos los participantes de la organización para discutir temas como la distribución de los planes, las tareas asignadas a cada una de las comisiones temáticas (salud, cultura, etc.), la organización de futuras movilizaciones, etc. En este sentido las asambleas pueden entenderse como un espacio público hacia adentro de la organización donde se toman decisiones que influyen sobre las prácticas de la organización. En general las asambleas no establecen los planes de lucha y los puntos centrales de la política de la organización (es común que las mesas regionales o nacionales resuelven esto y “bajan” la discusión a las bases), aunque, de organización a organización varía la centralidad que se le da al debate en asamblea. En la CCC los temas que se debaten en las asambleas son designadas no por los participantes sino por los dirigentes. Además la participación es premiada por un sistema de puntaje al cual luego le corresponde algún beneficio material (mercadería, plan social o subsidio), por lo que se limita tanto la toma de decisiones como la libre circulación de los discursos de los participantes. En el caso de la FTV la estructura es también jerárquica con lo que la posición de los participantes no es para todos igual. En este sentido, la asamblea se comporta débilmente como espacio público en tanto que los participantes no muestran su

“propia voz” y poseen escasa autonomía para expresar y construir una identidad colectiva a través del idioma (Fraser, 1993)

De manera general las organizaciones de tipo autonomista intentan darle a la asamblea otra significación ya que poseen una concepción diferente del poder y la política, poniendo el acento en la transformación de la subjetividad de los individuos y de su cotideaneidad. A partir de allí se construye contrapoder y dan mucha importancia a la asamblea como lugar de toma de decisiones y producción de significados. Por ejemplo, la forma de organizarse al interior de los movimientos de trabajadores desocupados Anibal Verón, no fija de antemano las temáticas a debatir y los delegados que van a discutir a otros espacios de decisión son rotativos y deben siempre llevar el mandato de la asamblea. Claro que siempre existen obstáculos para la participación (experiencia para hablar en público, estética del discurso, capacidad de oratoria) y se crean liderazgos que no suspenden la función de representación que se critica a los partidos y los sindicatos. No obstante, los principios que circulan (democracia, horizontalidad, igualdad) abren la posibilidad (aunque lo posible no es igual a lo realizado) para que los sujetos puedan modificar sus subjetividades y puedan intervenir en la toma de decisiones. La horizontalidad desde este punto de vista no refiere a que todos poseen el mismo protagonismo y capacidad de influencia sobre el espacio común, más bien, remite a la idea reguladora de igualdad y libertad de los participantes que permiten que aunque se crean liderazgos y jerarquías, es legítimo y se incentiva a disputarlos.

Pero más allá de todas estas diferencias no menores, el mero hecho de construir la asamblea como un espacio de discusión (que en general en las organizaciones

políticas tradicionales no está presente) tiene una serie de efectos que son interesantes. Estas se fundan en el principio de la igualdad y libertad, y son presentadas por todas las organizaciones de desocupados como una reivindicación democrática frente a la toma de decisiones colectivas que realizan generalmente de manera “vertical” los partidos políticos o los sindicatos¹. Por más que esto no sea tan efectivo, es decir, las decisiones importantes se tomen fuera del espacio asambleario, si abre una oportunidad para socializar estos valores y por tanto “potenciar” el ejercicio de los mismos. Es decir, hacer circular estos valores permite construir una subjetividad diferente que en un partido donde el valor de la jerarquía es más importante.

La asamblea es un espacio donde personas que habitualmente no participan en tomas de decisiones públicas lo hacen (por más mínimas que sean), permitiendo reducir las diferencias en relación con los niveles de participación entre personas de los grupos sociales dominantes y subordinados. En este sentido, hacia el interior de las organizaciones, las asambleas pueden ser consideradas como un “público fuerte” puesto que es una forma de actuar sobre el terreno de acción de “otros inmediatos” (además del propio), y como un generador de cierto nivel de aprendizaje cívico en tanto se revaloriza la acción pública. Confirmando lo dicho, este ejercicio de debate fortalece la construcción de una identidad, intereses y necesidades propias, por fuera de los “nombres dados”, es decir, intentan crear una posición por fuera al rol designado por el poder político y social.

¹ Cabe aclarar que esto es un nivel de análisis, el de los principios explícitos que exponen las plataformas de las organizaciones, el funcionamiento de las mismas dista de ser así.

También éstas representan territorios de entrenamiento para actividades de agitación dirigidas a públicos más amplios. Las asambleas ejercen una influencia hacia el resto de los grupos sociales subordinados ya que permiten hacer circular discursos no hegemónicos ensanchando el terreno de los discursos que allí se producen (los vecinos inmediatos, las familias de los que participan, etc).

Este tipo de prácticas permite que los participantes desnaturalicen las relaciones de dominación en todos los ámbitos de su vida y se construya un colectivo que confronta sus prácticas políticas a las tradicionales. Cabe aclarar que aquí se están señalando las dimensiones positivas de éstos procesos, las que pueden abrir una brecha política en el campo social. No obstante éstos no carecen de obstáculos que por motivos del tiempo que disponemos no se pueden desarrollar.

Reflexiones finales.

La fragmentación hacia el interior del “espacio piquetero” es para muchos una decepción de aquellas esperanzas renovadoras que trajo aparejado el 2001.

La falta de articulación política responde a las diferentes posiciones al interior del espacio piquetero enfrentándose por hegemonizar los discursos (y entiéndase, también actores) relacionados con la desocupación y la pobreza. Este enfrentamiento no esta en clave solamente de demanda, también relata las pretensiones de una transformación más global relacionada con los alcances del regimen democrático. ¿debe tratarse de una democracia de contenido social o una democracia de tipo clasista y socialista? ¿debe eliminarse el estado y construir una democracia “directa” o una democracia a partir del control del estado del campo popular?

Pero más allá de esta fragmentación que podría augurar un futuro cuesta abajo para las organizaciones piqueteras, éstas lograron mantener una polémica o desacuerdo rechazando a la concepción de la democracia que se reduce a la elección regular de los gobernantes, a ciertas garantías y a solo derechos de tipo jurídicos para los ciudadanos.

Las organizaciones de desocupados son en parte herederos de la crisis de 2001 donde los conflictos fueron más visibles por la multiplicación de puntos de desacuerdo, la multiplicación de demandas que no podía ser cumplidas sino se transformaba el orden. En ese momento funcionó una articulación efímera de demandas heterogéneas contra la clase política como símbolo de un orden que parecía dar lugar a cada vez menos gente. Los dirigentes políticos que vinieron luego de esos conflictos interpelaron con éxito a ciertos sectores logrando recomponer la estabilidad institucional, aunque el problema del desempleo y la pobreza siguió siendo tematizado de tal forma que se logró construir un espacio público que permitiera mantener presente la polémica más allá de los intereses corporativos de cada una de las organizaciones.

En primer instancia las asambleas representan el síntoma de una democracia que se la percibe como mínima o debilitada. El rechazo a la clase política en el 2001 y la poca credibilidad que sufre actualmente, el presidencialismo y los liderazgos políticos excesivos al interior de los partidos, la incapacidad de crear mecanismos de inclusión social, la poca articulación de los partidos políticos y las demandas sociales, todas estas son imágenes que hegemonizan en las percepciones de la mayoría de los ciudadanos en relación con los dirigentes políticos (sin distinguir origen social, es decir, sean desocupados, profesionales, jubilados, trabajadores).

En este sentido, las asambleas apelan a la ilusión de una ciudadanía activa que señala su soberanía y que quiere asumir en sus manos las decisiones que tienen que ver con el colectivo. Las asambleas son la expresión de una crítica a la democracia y una disputa significativa de aquellos contenidos que esta debe asumir.

En este sentido, el despliegue en un espacio público más amplio (piquete y movilizaciones) logró ser la plataforma de visibilidad de un desacuerdo que no hace referencia solamente al beneficio de un interés particular de los desocupados o debatir un “problema social”, sino que se intenta apelar al conjunto de la sociedad para transformar la forma misma de la política. Tanto la presencia en las calles como la asamblea permitieron darle continuidad a estos discursos y ponerlos en circulación.